

Siglos de educación y cultura cubanas nos contemplan

La presente entrevista fue realizada por la redacción de la revista al profesor Manuel Hernández López, quien posee una larga trayectoria en el campo de la educación en nuestro país. El profesor López compartió con nosotros algunos de sus puntos de vista sobre este tema.

¿En cuánto ha contribuido la obra educativa de la Revolución en la dignificación de todos los cubanos?

La Revolución Cubana significó, sin duda, un salto de calidad y cantidad en la historia de la educación del país, sobre todo en los primeros años del proceso. Pero es preciso aclarar ciertos aspectos para tener una idea completa y no parcial sobre tal afirmación.

El analfabetismo era una realidad dolorosa para muchos cubanos en el año 1959. El desarrollo de algunas especialidades técnicas y científicas universitarias debían realizarse fuera de la Isla. Los centros de altos estudios se localizaban en la capital, fundamentalmente, de modo que aunque el estudiante pudiera tener acceso económico a determinadas carreras, debía costear su estancia, los libros y actividades curriculares a cientos de kilómetros del hogar. También había diferencias importantes entre la educación técnica y profesional, entre el campo y las ciudades, entre la enseñanza pública y la privada. La estimulación social y económica del magisterio no era comparable con otras profesiones, como las de ser médico, abogado o ingeniero, de modo que las familias incentivaban en los muchachos estas carreras.

Hablamos ahora, además, cuando ha pasado casi medio siglo, y no pensamos que la psicología y la pedagogía aplicadas al educando no poseían el desarrollo que tuvieron en todo el mundo a partir de los años 60 y 70. A todo ello habría que añadir las circunstancias propias de una sociedad de mercado: no todos los hijos de una familia podían dedicarse a estudiar. La familia debía escoger cuál de sus tres o cuatro hijos estudiaría y los otros trabajarían para pagar los estudios del elegido y mantener la familia.

Pero se tiende a olvidar que ese era el panorama -y en buena medida lo sigue siendo- en el resto del continente. La Revolución Cubana encontró *material* para llevar a cabo sus planes de universalizar y profundizar la enseñanza. Cuba estaba entre los tres o cuatro países de América Latina con menor tasa de analfabetismo; tenía entonces un promedio alto de escuelas por habitante —aunque, ya lo dijimos, en su mayoría y las mejores, localizadas en las principales ciudades—; una acendrada estirpe de maestros en todos los tipos de enseñanza, al punto de hallar en el nivel secundario o de bachillerato eminentes intelectuales de la época.

Estos maestros formaron entre el estudiantado medio y superior una conciencia de transformaciones, entre ellas, de la misma educación. Muchos de los futuros líderes de la Revolución salieron de aquellas aulas; no fueron producto del azar ni de ninguna ideología foránea excluyente. Hubo en ellos una síntesis de lo mejor del pensamiento criollo y universal de entonces gracias a muy buenos y patriotas maestros. Es imposible entender la Campaña de Alfabetización de 1961 sin tener en cuenta que esos miles de jóvenes-profesores, casi niños, hasta hacía sólo tres años habían sido alumnos de un sistema de educación con sus sombras, pero también con sus muchas luces. Hoy una campaña como aquella en la mayoría de los países latinoamericanos resultaría imposible sin ayuda exterior.

Cuando se habla del significado de la educación en la *dignificación* de los cubanos hay que mencionar no sólo la instrucción universal y gratuita. Pocas cosas menoscaban tanto la dignidad de un ser humano como sentirse incapaz, incompetente, no por una enfermedad, sino por falta de oportunidades. Cuando a un negro, un indio, una mujer o a un niño le decimos *tú sí puedes leer, conocer, discutir de tú a tú* con

cualquier individuo, le estamos dando el lugar que, como persona, le pertenece por derecho natural. La sirvienta, el obrero y el campesino se dignifican cuando tienen iguales posibilidades de saber que el señorito, que el dueño del negocio o de la finca. Ya no tendrían por qué bajar la vista, y sumirse en la oscuridad del *no somos iguales*. Una persona educada e instruida es más libre, más digna —íntegra, noble, honrada, capaz— porque la cultura le rompe la peor de las cadenas; esas que, como en el mito platónico, lo mantiene de espaldas en la oscuridad de la caverna, apenas mirando sombras sin descubrir la verdad.

-¿Cómo considera las actuales estrategias educacionales?

Resulta imposible hablar de las estrategias actuales sin hacer una breve excursión al pasado reciente. La educación universal y gratuita demanda gran cantidad de recursos materiales y humanos. Este es un problema con el que ha tenido que lidiar la voluntad política del país a través de estos 49 años de Revolución. Formar y mantener cientos de miles de alumnos y maestros, proveerlos de libros, cuadernos, uniformes, medios técnicos, es una erogación económica multimillonaria.

Cada crisis en el sector educacional ha generado sus respuestas, unas más afortunadas que otras. A inicios de los 60, con la emigración de no pocos maestros y el llamado *baby boom* —niños nacidos a finales de los 50 y principios de los 60— la escasez de maestros y el aumento de la matrícula estudiantil hizo necesario que se formaran de manera rápida decenas de miles de profesores que, a su vez, eran estudiantes. Para fortuna, entonces, todavía las facultades pedagógicas recién fundadas contaban con muy buenos maestros. Cuando los niños llegaron a la adolescencia en los 70, hubo otra crisis en el sector de la enseñanza pre-universitaria y universitaria. Una de las estrategias fue la ya socorrida de ubicar como maestros a alumnos; otra, y que de paso aliviaba el déficit económico, trasladar los preuniversitarios y las secundarias al campo.

Es cierto que muchas veces los estudiantes becados daban más pérdidas que ganancias en las labores agrícolas, pero algo ayudaban. Un país como Cuba, con una ventajosa relación económica con los países del Este Europeo, pudo construir cientos de escuelas en el campo, y dotarlas de excelentes recursos. Sin embargo, otro problema se formaba y pasaba inadvertido: la familia se desvinculaba un tanto de participar en la educación de sus hijos; a la semana se veían apenas unas horas los sábados y los domingos. La remuneración de los maestros no era de las mejores, pero la perspectiva del acceso expedito a las universidades y que se les pagara un poco más por trabajar lejos de las ciudades, propició que hasta inicios de los 90 todavía se contara con suficientes maestros en las escuelas.

Con la caída del campo socialista, y la llegada del llamado Período Especial, el éxodo de maestros hacia labores ajenas a la educación mejor remuneradas provocó una deserción en masa, la cual hizo necesarios hasta decretos que les impidieran trabajar fuera de la profesión. Ahora se avecindaba una doble crisis, no circunscrita al sector. Los jóvenes educados en becas eran padres, formados fuera de sus hogares, de modo que a sus propias familias llevaban el déficit de la masividad, y la mayoría no deseaba para sus hijos esas escuelas. A ello se añadía el desangramiento de maestros, al parecer imparable, y decenas de miles de muchachos en la calle, con turnos de clases hasta el mediodía. Y ya sabemos bien, porque todos fuimos muchachos, qué se hace cuando no hay nada que hacer a esa edad.



Habría que añadir un detalle: en este tiempo la profesión de maestro no fue la única que entró en crisis; tampoco ser médico, ingeniero o arquitecto aportaba mucho materialmente. De modo que las deserciones escolares y la pobre entrada a la enseñanza superior —junto a una desacertada política de selección, como si realmente a todos los muchachos les interesara todavía hacerse universitarios— condujo a que hubiera una verdadera multitud de jóvenes sin estudiar ni trabajar en las calles.

La estrategia actual tiene que ver con resolver la nueva crisis y otras problemáticas acumuladas durante decenios.

Sin duda, se trata de algo difícil, complejo. Las causas principales podrían estar en la falta de maestros, debido a la poca remuneración real, la falta de vocaciones, y la necesidad, como principio político, de seguir manteniendo un sistema de enseñanza universal y gratuito para casi un millón de estudiantes en todos los niveles. Otra vez se ha echado mano al estudiante-profesor, sólo que en esta ocasión, los estudiantes no son aquellos *Makarenko* de los 60, formados por maestros que tuvieron que *pulirla* para ganarse el pan frente a un aula; tampoco son los alumnos-profesores del Destacamento Pedagógico *Manuel Ascunce*, con sus miradas puestas entonces en alcanzar un título universitario, y muchos de ellos, algún día abandonar las aulas. Las cosas hoy parecen no marchar tan bien como los directivos de educación dicen en público, al menos es lo que sale en las reuniones de padres, y en muchas *conversaciones de cocina* en los hogares. La fórmula alumno-profesor siempre será un parche, un paliativo, y no siempre igual de eficaz ni con los mismos ingredientes.

Quizás sea hora de revisar críticamente la estrategia actual y desterrar todo triunfalismo que, además de dañino para maestros y alumnos, lo es para los futuros destinatarios de los oficios a que se dediquen los graduados. Hora es de buscar consensos; padres, maestros y alumnos deberían hacer propuestas, porque lo que sería inconcebible es renunciar a la universalidad y la gratuidad logradas hace casi medio siglo por la Revolución en el campo educativo, y, por otro lado, también los maestros deben vivir holgadamente para que puedan sentir motivación y esmerarse en su trabajo. Los estudiantes deberían exigir de ellos la debida dedicación, alcanzable esta cuando el maestro ama su trabajo y no lo practica como vía para llegar a otro territorio.

Para esto hacen falta dinero y recursos materiales. Y entonces, el problema se muerde la cola: ¿Quiénes formaran la conciencia de ahorro y eficiencia necesaria en los futuros trabajadores si no hay suficientes maestros?

¿Existe el vínculo necesario entre la familia y la escuela?

De manera afectiva, sí. No del mismo modo en las partes intelectual y conductual. Debido a nuestra idiosincrasia, la relación padres-maestros pasa por tensiones y aflojamientos, casi nunca de pasividad. No somos unos padres, los cubanos, a los cuales la escuela no nos importe. Incluso le damos a veces al colegio y al maestro una connotación sobredimensionada en la vida de la familia; el maestro es el *culpable* de todo lo malo que aprende el niño; para el maestro, todas las malas conductas del niño se deben a los padres. Esa lucha dialéctica, unas veces simpática y otras demasiado tristes, muestra la cercanía emocional entre profesores y padres que, en la mayoría de los casos, y por fortuna, no se ha roto.

El maestro, sea malo o bueno, entra a formar parte del hogar; de él se habla a toda hora. Y en la escuela, el maestro, para regañar o ensalzar, dice: eso se lo enseñaron sus padres.

Sin embargo, el vínculo afectivo profesor-padres no siempre resulta encauzado positivamente, de manera creadora para el bien del educando. Propio también de nuestra cultura, llegamos a los extremos: hacemos al maestro un dios o un diablo. En tal sentido, estamos necesitados de buenos consejos, asesores y supervisiones en las escuelas para trabajar la socialización con la familia. Saber, los maestros, sus límites; mostrarle a la familia los suyos respecto al colegio.

El vínculo intelectual, en nuestra opinión, aún es errático y, a veces, inexistente. Los maestros se guían por programas y orientaciones *de arriba* que chocan, frecuentemente, con el universo de ideas y culturas de sus diferentes educandos.

La *personalización* o diferenciación de la enseñanza no la da exactamente la cantidad de alumnos, aunque esto influye; lo da el nivel de empatía entre el educando, el educador y la familia. La rigidez de



pensamiento hace tensas las relaciones entre padres y maestros. La cuestión no se limita a que los padres revisen las tareas; deben también, según su nivel cultural, sugerir, participar en el proceso.



Si frente a una tarea difícil el niño le dice al padre que la maestra lo enseñó así, y, en efecto, la maestra corrobora siempre lo que el niño dice, ese padre pierde toda referencia para su hijo en asuntos docentes. Una manera adecuada es que los padres participen en el proceso docente-educativo —orientado por los directivos de Educación y poco comprendido por los padres—, y que los maestros sean flexiblemente éticos para dar parte de la razón a los padres preocupados por las tareas de sus hijos.

Hemos oído en las casas frases como que tal maestro es un tonto o no sabe ni dónde está parado. En las escuelas, que tales padres parece que no pasaron por el aula. Quizás los programas deban tener la suficiente plasticidad para que los padres, sin distinción de profesiones, colaboren con el maestro y aunque estén muy ocupados, vuelvan a repasar la aritmética y la ortografía. Esa debería ser la aspiración: convertir a los padres en maestros y a los maestros en padres de los hijos.

El tema de la conducta, y la relación entre padres y maestros es tela por donde habría mucho que cortar. En párrafos precedentes mencionamos que los maestros y los padres actuales fueron formados, en su gran mayoría, lejos de sus hogares, y algunas conductas de *buen gusto* se cercenaron por la premura y la masividad. Un maestro que no enseña a decir buenos días o a usar el cuchillo y el tenedor, no educa. Pero sucede que muchos padres tampoco lo hacen y se lo exigen al maestro; critican que los niños comen con cuchara, o hacen enormes filas para entrar al comedor. Y en casa, sirven en un solo plato toda la comida y dejan que los chiquitos coman con cuchara ¡frente al televisor!

Experiencias compartidas entre padres, maestros y alumnos ayudarían a mejorar las conductas de todos: cómo se prepara, se sirve y se come en una mesa, cómo dirigirse a ciertas personas y saludarlas, la forma correcta de vestir para cada ocasión, etc.

-¿Pudiera considerarse laica la educación en Cuba?

Si nos guiamos estrictamente por la palabra laica, es decir, sin confesión de fe explícita, podemos afirmar que la educación en Cuba es laica.

Sin embargo, *laicidad educacional* en sentido más amplio quiere decir que los padres tienen la posibilidad de escoger el tipo de enseñanza que desean para sus hijos. No significa que el alumno salga mal preparado porque estudia en un tipo de escuela determinada. Hay un plan de estudios básico que todos los educandos deben vencer, sean escuelas presbiterianas, católicas o aconfesionales, privadas o públicas, internas o externas.

Cuando en Cuba se nacionalizó la enseñanza, léase se creó un solo sistema de educación gratuito en todo el territorio nacional, uno de los argumentos fue el de proveer instrucción de semejante calidad para todos los estudiantes cubanos, desde en el más remoto pueblo hasta la capital del país. Era razonable. A ello debemos una enseñanza que no tiene los desniveles apreciados en otros países, sobre todo en los subdesarrollados.

Pero, esto también tiene su lado oscuro. Si los planes de enseñanza se uniforman *desde arriba*, un grupo de metodólogos pudiera considerar oportuno un contenido y no otro; la generalidad de los educandos no tendría acceso a otras informaciones que no sean las que el plan de enseñanza contempla, *todopoderoso metodólogo* mediante.

Los maestros se sienten maniatados; quien se salga de ese plan, corre el riesgo de sanción. Es entonces cuando oímos esas lacerantes frases de que *eso no es importante porque no está en el programa, o esto ni lo copien porque no va a la prueba*.

Pongamos un ejemplo: los textos para la enseñanza de la literatura mostraban autores cubanos y extranjeros, casi todos vinculados a la línea ideológica marxista o de izquierda. Marinello, Guillén, Navarro Luna, Pedroso y Raúl Ferrer fueron grandes poetas y ensayistas cubanos. Pero un estudiante de preuniversitario debería saber también que existen Florit, Baquero, Lezama, Piñera y Mañach para decir que conoce de literatura cubana.

Otro ejemplo. La historia que se enseña en Cuba pretende marcar los períodos históricos universales —ellos mismos, bien confusos— desde la interpretación marxista de las formaciones socioeconómicas y no basados en hechos históricos que son virajes importantes de escasa o nula significación con la lucha de clases. Independientemente que casi todo en la historia puede tener una conexión, aplicarle una simplificación de tal modo empobrece el multiforme y caprichoso devenir de la humanidad: el esclavismo no culminó con la caída de Roma y las invasiones bárbaras, o el feudalismo con la Revolución Francesa —antes, la Norteamericana—, ni el sistema socialista llegó como camino a la perfección comunista con la Revolución de Octubre. Las fronteras históricas son verdaderos segmentos, no puntos, y hubo esclavismo en América 10 siglos después de concluir en Europa, y feudalismo en la Rusia del Siglo XX, y el sistema socialista ya no existe, o acaso no existió como sistema orgánico y naturalmente integrado jamás.

Algunos piensan en una exagerada ideologización de la enseñanza, y ese sería tema para otra discusión. Sólo advertir que la Constitución de la República de Cuba lo dice muy claro: la educación tiene el expreso objetivo de formar a las nuevas generaciones de cubanos en la línea política y filosófica del marxismo-leninismo.

Un cambio en ese sentido pasaría por reformas a la Constitución, sometida a referéndum popular —y aprobada por mayoría— cada modificación. O sea, plantear la *despolitización* de la enseñanza cubana o vaciarla de su definido carácter marxista, llevaría directamente a un cuestionamiento de las bases y los principios mismos del Estado cubano actual.

¿La juventud cubana se siente motivada para estudiar con intensidad y seguir hacia estudios universitarios?

Antes de contestar esa pregunta desearía hacer una breve excursión hacia el tema de la llamada *municipalización de la enseñanza universitaria*. Como fue expuesto con anterioridad, llegó un momento en que en la calle había decenas de miles de jóvenes sin perspectivas de proseguir estudios y sin empleo. Recordemos como se ingresaba a la Universidad: un estudiante alcanzaba un promedio y competía por unas pocas plazas. Eso tenía que ver, pienso, con que el Estado, a su vez, se comprometía a dar empleo una vez terminada la carrera a todos los graduados en esa especialidad. Parece un sistema perfecto, bien eslabonado, pero en la práctica difícil de cumplir al 100 por ciento. Las pruebas de ingreso, imprescindibles por cierto, fueron otro valladar al ingreso a la educación superior.

¿Cómo funcionan las universidades en el resto del mundo? Bueno, sabemos que las más importantes, casi todas en países desarrollados —6 de las 10 primeras en los Estados Unidos— también admiten por cuotas, pero hay que pagar miles para cursar estudios allí, o ganarse una beca, lo cual es una forma de limitar el ingreso, pues los requerimientos son para genios intelectuales o deportivos.

Hipotéticamente, todo joven con aceptables notas y una prueba de ingreso suficiente debería proseguir los estudios superiores que deseara. Algunas carreras como la psicología, las de artes y de perfil militar requieren, en cada caso, pruebas de aptitud. De modo que si el Estado cubano promueve una educación universal, gratuita y sin limitaciones para todos sus jóvenes, no debería recortar las plazas de estudios, aún ante una presumible futura inundación del mercado laboral. En otros países los muchachos tienen dos y tres títulos; eso les permite acceder a una gama de empleos diferentes. Como el desempleo es parte del sistema, los recién graduados a veces trabajan por salarios esclavos para entrar a laborar en el perfil que estudiaron.

La *municipalización* ha sido, justamente, abrirle las perspectivas a quienes quieren ser psicólogos y comunicadores, para citar dos ejemplos, y que antes no podían entrar a esas carreras pues se ofertaban 40 plazas para medio millar de solicitudes. Eso creará otro problema en un Estado con una tendencia paternalista en su mercado laboral: probablemente no habrá suficientes empleos de psicólogos y periodistas, o seguirían recibiendo, psicólogos y periodistas, salarios que no se corresponden con la carestía de la vida actual.

Entonces se deberá explicar con claridad a los estudiantes que el título universitario les permite optar por un empleo en su perfil. Sólo eso. En tanto, podrían desempeñar otras labores, como sucede en el resto del mundo. Me parece, esta línea, más coherente con las ansias de superación y las realidades económicas de un país como el nuestro. Y aquí eslabono la respuesta con la pregunta en cuestión: hacer una carrera universitaria lleva demasiados sacrificios para guardar el título en una gaveta. Pero en ningún país, ni en el más desarrollado, se puede garantizar empleo para todos sus graduados universitarios en la carrera estudiada. Puede suceder que ante la ausencia de médicos y maestros haya un mercado laboral más abierto. Eso sólo es circunstancial, y dependerá de cuanto sea capaz de gestionar el individuo, de cuan competente sea.

El empleo debe proporcionar al trabajador una remuneración adecuada para llevar una vida digna. Debe ofrecer crecientes satisfacciones materiales y espirituales para que el individuo se entregue a fondo. Si un bodeguero o un carnicero ganan más que un periodista o un psicólogo, esa *fiebre de universitarios* que ha desatado para bien la *municipalización*, se agotará. Otra cosa bien diferente es que un graduado universitario no encuentre empleo como especialista y deba trabajar en una bodega o una carnicería para vivir; siempre soñará con una consulta o una redacción porque eso fue lo que estudió y son trabajos mejor remunerados y considerados socialmente.

Que la *municipalización* de la enseñanza universitaria tiene sus luces y sus sombras, pocos lo niegan. Es un programa nuevo, y como suele suceder en Cuba, la improvisación y las pasiones colocan banderillas antes de que el toro salga al ruedo. Pero he oído criterios de profesionales muy buenos, ya jubilados, que ahora son maestros en los Municipios. Ellos tienen además la experiencia de toda una vida laboral para enseñar, quizás como pocos en las sedes principales, porque han *chocado con la concreta*.

Nuestro pueblo tiene altos niveles de instrucción, y sus apetencias culturales estuvieron y están por encima de otros países del área, sin chovinismos de ningún tipo. Es posible que en la primera mitad del siglo XIX no hubiera en España una calidad y cantidad de pensadores como los que se reunieron en torno al Seminario de San Carlos y San Ambrosio.

Esa tradición continuó hasta cristalizar en las guerras de independencia, tardías respecto a América, pero no atrasadas en cuanto a pensamiento humanista se refiere. La cantidad y la calidad de los científicos, artistas y técnicos cubanos que emergieron en la Primera República, hoy no se puede aquilatar con la debida importancia quizás porque el debate ideológico empaña sus lucimientos intelectuales y su frondosa diversidad. La Revolución de 1959 potenció material y espiritualmente toda una tradición educativa que venía del padre Varela, pasó por José de la Luz, Mendive, y llegó, con Martí, a alcanzar un lugar descollante en el contexto latinoamericano.

Quienes lean estas respuestas pueden estar de acuerdo o no con ellas. Pero no deberían olvidar que en buena medida su comprensión y análisis crítico se debe a que un par de siglos de educación y cultura cubanas nos contemplan.